

de Don Manuel E. Gorostiza? ¿Cómo no felicitar al Liceo por el pensamiento que tuvo de consagrar una de sus veladas en honor del eminente poeta mexicano?

De todo esto es digno, y de mucho mas, el digno y modesto republicano, el ardiente propagador de la libertad de ambos mundos, el heróico soldado de la Patria, el insigne dramaturgo que en la reforma del teatro español moderno ha colocado su nombre al lado de Moratin, y ha tenido como continuador á Breton.

Amigos: patriotas: miétras en México haya gratitud, amor á la libertad y entusiasmo por las bellas letras, en el santuario de nuestro corazon, Gorostiza será uno de los primeros númenes. El tiene derecho para pedirnos veneracion y admiracion; él se nos presenta con la frente pura, cubierto de canas gloriosas y ceñida con la doble guirnalda de encina y de laurel que le han alargado, la Patria en los combates, y las Musas en la escena.

## XVIII

### SEÑORES DEL LICEO :

Hace dos años justos, el 25 de Agosto de 1871 que un hombre jóven aun, en cuya mirada resplandecian el talento, el entusiasmo y el valor, pero cuya blonda cabellera habia cubierto el sufrimiento, como para consagrarla, con la santa blancura de la vejez, caia traspasado por las balas españolas en un castillo de la isla de Cuba.

¿Quién era ese hombre, y qué delito habia cometido?

Ese hombre era un poeta y un varon justo;

(En la sesion solemne que celebró el « Liceo Hidalgo el 25 de Agosto de 1873 » en honor del ilustre poeta cubano Juan Clemente Zenea fusilado por los españoles en la Habana el 25 de Agosto de 1871).

y su delito era ese delito sublime que la Historia castiga con la inmortalidad, la Poesía con sus himnos mas armoniosos, y la gratitud de los pueblos libres con el altar de los dioses.

Ese delito era el de amar á su Patria y querer redimirla de la esclavitud.

¡Delito tres veces santo, merced al cual el género humano no es un rebaño inmenso conducido por un patriarca antropofago, merced al cual, las naciones, titanes afortunados no han dejado enseñorearse del Olimpo á la fuerza bruta, merced al cual, nosotros, los hijos del continente de América somos libres, ¡y merced al cual, la misma España se envanece de su nacionalidad y de sus tradiciones, en vez de haber perdido hasta el recuerdo de su origen fenicio ó gótico, bajo la sombra del estandarte de los Califas!

Tal fué el delito de Juan Clemente Zenea, hijo de Cuba, antiguo apóstol de la insurreccion y una de las glorias mas puras de la Poesía Americana.

¡Ah, señores! Yo no puedo aunque quisiera, apartar de mi mente una consideracion trisísima, desgarradora, pero que en este mo-

mento, es la primera que se me presenta con su espantosa verdad, al pronunciar estas palabras: « España, » « Cuba » « ¡ Poesía Americana ! »

En 1803, nacia en Cuba uno de los hombres mas ilustres con que se honra la América, aquel que mas tarde debia ser llamado por los oráculos literarios de España « *gran poeta* » y que por otra parte no necesitaba de tal calificacion, venida de España, pues antes que esta, un continente entero se la habia aplicado ya, en unánime aclamacion.

Pues bien: este hombre, Heredia, el gran Heredia, al cantor del Niágara, á los veinte años de edad, era proscrito por el gobierno español y condenado como el dice « *á fatigar con su aspecto errante las playas extranjeras* » y en 1839, el noble desterrado, aunque encontrando una segunda patria en nuestra hospitalaria México, aunque admirado, querido y lleno de honores que sus virtudes merecian, exhalaba el último suspiro con la amargura de la expatriacion y sin haber podido realizar aquel deseo expresado en uno de sus versos dirigiéndose á Cuba.

« Lúzcame ¡ ay ! en tu cielo, el sol postrero »

Apenas se eclipsaba aquel astro que se llamó Heredia, cuando ya aparecía otro en el cielo de Cuba y que la negra noche de la tiranía se apresuró á apagar.

Plácido, el apasionado y tierno Plácido preludiaba ya en su harpa melodiosa aquellos cantos que bien pronto encontraron un eco de dolorosa simpatía en todos los corazones americanos.

Plácido era el poeta esclavo, su voz era la voz de una raza inteligente, dulce, desgraciada y condenada al ilotismo, pero cuya armonía sentida era una protesta enérgica contra la injusticia de sus opresores. Esa voz atrajo hácia el cantor cubano la admiración de los corazones libres y generosos, pero algunas frases en que se revelaba el espíritu de Espartaco despertaron al mismo tiempo la suspicacia de la tiranía y... ¡ay! la cuchilla del verdugo hizo pedazos, en breve, aquella harpa encantadora y aquella cabeza juvenil en la que aun no se marchitaban las guirnaldas concedidas por el númen y colocadas por la admiración.

Plácido fué sacrificado en 1844. También por el delito de querer redimir á su patria.

Ya habia nacido entonces el último repre-

sentante de esta triada sublime de cantores y de mártires, de esta triada adorable de génios con la que se ufanaria cualquiera nacion inteligente y con la que se honra la América que há recogido sus últimos suspiros en el lecho de tortura ó al pie del cadalso para sonreírles con su mas bella sonrisa de madre y colocarlos en el santuario de sus recuerdos.

Sí: Juan Clemente Zenea há sido el último de estos poetas patriotas que han fecundado con su sangre bendita la palma cada vez mas robusta de la libertad cubana.

Perdonadme, señores, si se me deslizan estas palabras, expresion sincera de mis mas íntimos sentimientos de liberal americano, al hablaros por encargo vuestro, del poeta á quien estan consagrados los honores de esta sesion solemne. Pero ¿como separar la cuestion política de la biografía del poeta? ¿Como no hablar del verdugo al deificar á la víctima?

Seria imposible, y á no ser un estudio seco, gramatical y frio de las obras de Zenea, nada podria hacerse, ni decirse hoy, sin tocar la cuestion política.

Yo sé muy bien que vosotros no formais una sociedad política, sino literaria, pero tam-

bien sé: que sois una rennion de republicanos y de hombres generosos, que condenais con energia y con imparcialidad los crímenes con que se deshona toda tirania, y que sobre todo, habeis decretado este apoteosis al poeta ilustre de quien os hablo, porque supo morir con honor y con valor, porque su muerte fué grandiosa, porque su cadalso es un altar elevado al patriotismo americano.

Si Zenea hubiese muerto como Ovidio, en el destierro, por una falta amorosa que la mas elegante poesia no alcanza á engrandecer, no deberia hablarse de esa muerte que coronaba una vida de liviandades y de placeres. Si hubiese muerto, como Lucano despues de rendir párias á un déspota abominable, desmintiendo así con su conducta el canto de la altivez republicana, habria que apartar de esa muerte, la vista, con disgusto. Si hubiese muerto, como Horacio, pensionado por Mecenas, mimado por Octavio y ébrio con el néctar de las cuevas de Tibur, admirariamos las odas y las sátiras, pero nosotros, republicanos austeros y adoradores del ideal virtuoso, nos encogeriamos de hombros ante esta muerte de Anacreonte convertido en cortesano,

Pero Zenea, como Milton, segun la expresion de Byron, há muerto, *como habia vivido siempre enemigo de los tiranos*, y mas grande todavia que Milton, porque murió en el cadalso, y mas grande que el Tasso porque él no sufrió las torturas de la prision sino por una Eleonora sublime... la Libertad, y porque no manchó su agonía con ninguna de esas debilidades vulgares, con ninguna de esas pasiones mezquinas, con ninguna de esas lágrimas femeniles que solo puede estimar una juventud degenerada y que solo recoge un sentimentalismo enfermizo en sus frágiles urnas.

No: Zenea murió por un pensamiento grande, su muerte interesa á los corazones templados y su gloria pertenece á los pueblos.

En dos palabras puede hacerse la biografia de Zenea. Nació en Cuba, se amamantó con las ideas de independencía, fué proscrito por la tiranía española, pudo volver y permanecer en su pais, pero se expatrió despues espontáneamente para no sufrir la esclavitud. Así lo dice él mismo.

Despues emigró á México, creyó, porque no esperaba un movimiento de insurrección en

Cuba, poder morir tranquilamente aquí, y al llegar á nuestras playas las saludó con una ternura conmovedora. Pero al escuchar el grito del Yara en 1868, abandonó la posición de que disfrutaba en México y voló á los Estados-Unidos para trabajar desde allí, en favor de la causa que había sido el objeto de sus constantes afanes.

Después, dejando hogar, familia, reposo y la seguridad de la vida, no quiso ya permanecer lejos de su patria y fué á buscar la muerte á Cuba.

Así: habeis tenido razón en consagrarle un Apoteosis. Si con él herís la susceptibilidad de un nacionalismo exagerado y parcial, no teneis la culpa. La razón es la que condena, la Historia la que habla con su voz incontrastable.

Por otra parte, nosotros, queriendo á España, como nación, no podemos, no debemos sancionar, ni respetar todos los hechos de sus hijos. La fraternidad y la amistad no pueden llevarnos hasta la insensatez, y condenamos ciertos hechos, como condenaríamos los que se han cometido en nuestro país y por compatriotas nuestros desgraciadamente. Ni ne-

gamos á nadie el derecho de compartir nuestra reprobación. ¿Como negariamos á un español el derecho de condenar, en nombre de la humanidad el asesinato cometido por Marquez y Miramon en Tacubaya y de que fueron víctimas jóvenes inteligentes ó inculpables? Que nos sea dado, pues, condenar en Cuba esos asesinatos de niños cometidos por una chusma brutal de voluntarios y que no puede aprobar ni en autores, ni en ejecutores ningun corazón generoso y valiente. Y que nos sea dado también condenar el sacrificio de un hombre á quien el talento y la gloria debieron hacer invulnerable.

Y que nos sea permitido lamentar en lo más íntimo de nuestro corazón el que un republicano como Castelar, el defensor de todos los derechos, no haya tenido en la tribuna española ni una palabra para proteger la vida de aquel hermano de ideas, de aquel poeta, de aquel demócrata que del otro lado del Atlántico gimió durante ocho meses en una masmorra del castillo de la Cabaña, incomunicado, aherrado, sin poder ni siquiera enviar á la esposa y á la inocente hija una expresión de ternura ó el adiós de la muerte.

Lamentémoslo en nombre de la libertad de los hombres, en nombre de la poesía, en nombre del espíritu del siglo XIX, en nombre precisamente de nuestra comunidad de lengua, de civilización, de aspiraciones porque ¿cual razón existe para que sean más sangrientas las querellas de familia?

Pero hasta aquí he considerado el hecho que nos privó de la existencia del poeta inmortal á quien honramos.

Debería hablar de sus obras. Pero ¿os fatigaría con un estudio crítico, yo el amigo íntimo de Zenea, su hermano, yo á quien él dedicó afectuosamente su magnífico libro sobre la literatura de los Estados Unidos y su admirable traducción de la Oda 6.<sup>a</sup> del libro III de Horacio, yo que me entristezco leyendo su romance *Fidelia*, que admiro los *Fragmentos en días de esclavitud*, que lloro con el *Album de un moribundo*, con ese pequeño libro que há hecho palidecer las Prisiones de Silvio Pellico, y há hecho frias las quejas de Job?

No, yo no haré ese estudio. Yo solo diré á la juventud del Liceo.

Jóvenes : Hé ahí un poeta modelo; ese poeta

mártir, ese poeta de la libertad americana es el que debéis leer para prepararos á los grandes combates del patriotismo. Esos versos debéis consultar después de haber estudiado las páginas de oro de la poesía griega.

Estudiad la poesía de Horacio; admirad la elegancia de Virgilio; amad y llorad con el amor y el llanto de Tibulo, pero no pulseis la lira jónica sino en los días de descanso y de ocio de las luchas del siglo, de las luchas del espíritu, pero guardad las más poderosas inspiraciones, los más robustos acentos para acompañar con la lira frigia la marcha tempestuosa del mundo moderno, las glorias de los pueblos y los triunfos de la libertad.

Cantad como Tirteo, á la cabeza de las falanges, cantad como Rouget de l'Isle el orgullo patrio en cien Marsellesas, cantad como Byron para animar á los pueblos oprimidos, cantad como Bello y como Olmedo en estro homérico para ensalzar los hechos de nuestros héroes, cantad como Victor Hugo para abatir todas las tiranías, como Pettöfi y como Carducci para despertar las nacionalidades atargadas, y como Plácido para convertir en corrosivo las lágrimas y destrozár las cadenas,

y como Zenea para formar en una prision el proceso del despotismo y convertir el cadalso en el altar sublime de la gloria.

---

## XIX

SEÑORES :

Tácito, aquel terrible enemigo de la tiranía, y panegirista de los hombres de bien, decia, hablando de la muerte de Agrícola, un varon ilustre que nació y se educó en Marsella, lo mismo que el grande hombre cuya memoria venimos á honrar hoy, decia, repito, que *« la muerte de aquel general llenó de luto á sus compatriotas, entristeció á sus amigos, y no fué indiferente ni para los extranjeros ni para los desconocidos. »*

De este modo, el famoso escritor revela en

Pronunciado en la sesion extraordinaria que celebró la Sociedad Mexicana de Geografia y Estadística, la noche del 24 de Octubre de 1877, en honor del Señor Thiers.